

Destierro, desconsuelo y nostalgia en la crónica del P. Manuel Uriarte, misionero de Maynas (1750-1767)*

Sandra Negro Tua

La presencia de los religiosos de la Compañía de Jesús en el virreinato del Perú tiene inicio el 1 de abril de 1568, cuando el primer grupo de seis religiosos hizo su entrada en la ciudad de los Reyes o Lima, entre el clamor y la alegría popular. En breve tiempo estuvieron plenamente establecidos y comenzaron un gran número de actividades, si bien la evangelización de los indígenas y la educación a través de los colegios fueron siempre su preocupación principal. El desarrollo de la misionología jesuítica en el virreinato del Perú –imponderable y ejemplar para algunos, y polémica para otros– llegó a su fin dos siglos más tarde, cuando el rey Carlos III decretó su extrañamiento de los dominios españoles de América, mandato que fue ejecutado al despuntar el alba del 3 de abril de 1767.

Los estudios realizados en torno a las motivaciones que condujeron a la expulsión de los jesuitas en los territorios americanos gobernados por España y Portugal son numerosos, como también aquellos dedicados a analizar las consecuencias históricas y culturales de dicha expulsión. Existen, sin embargo, algunos temas vinculados con este particular evento, a los cuales los historiadores han prestado una atención considerablemente menor. Los estudios llevados a cabo en torno a las complejas y difíciles vivencias de los misioneros expulsos, son realmente exiguos. Algo similar ocurre con las investigaciones realizadas en torno a los sentimientos y emociones que los estremecieron en aquellos primeros terribles mo-

mentos, que a la postre resultaron permanentes e irreversibles.

Un testigo presencial de lo ocurrido en la región amazónica fue sin duda el P. Manuel Uriarte, cuya vida religiosa y desempeño entre los indígenas quedaron plasmados en la recopilación de una copiosa y meritoria crónica, cuya validez se proyecta hasta el presente. La información recogida durante sus casi dos décadas de permanencia en diversas reducciones situadas en la misión de Maynas, nos permite aproximarnos a la vida cotidiana de un misionero, con sus momentos trascendentales insertados dentro de muchos otros, tal vez aparentemente menos significativos, pero que constituyeron el andamiaje de la cotidianidad. Ha sido en realidad dentro del fárrago de las nimiedades de cada día, como podemos percibir la esencialidad de las relaciones entre los evangelizadores y los evangelizados en una extensa región, alejada geográficamente –por días y semanas enteras de viaje– de todo centro urbano y más aun, de las instituciones virreinales españolas. A partir de los escritos de este misionero, nos proponemos en la presente investigación, analizar introspectivamente las vivencias, acercamientos y desencuentros en la misión de Maynas, las cuales hallaron su punto culminante en los días y semanas que siguieron a la llegada de la noticia del extrañamiento, que no concluyó con la partida de los religiosos expulsos a Italia, sino que prosiguió más allá de las fronteras del “Marañón español”.

* Todas las figuras son propiedad de la autora.



1 Esta misión debe su nombre a la etnia amazónica mayna, la cual habitaba las estribaciones de los ríos Morona y Pastaza, afluentes de la margen izquierda del río Marañón. A partir de 1638 el nombre de Maynas se extendió a todo el alto Amazonas y fue confirmado como territorio de evangelización jesuítica a partir de las Reales Cédulas de 1682 y 1683. A pesar de esto, no existía en realidad una frontera totalmente definida, en gran medida debido a la geografía particular de la región, situación que ocasionó algunas disputas con los franciscanos que misionaban al sur y con los dominicos que evangelizaban hacia el oeste.

2 Por un lado tenemos las exploraciones que llevaron a cabo varios capitanes españoles comisionados por Francisco Pizarro en 1535, con la múltiple finalidad de incorporar nuevas regiones a la corona española, aumentar las encomiendas disponibles y encontrar riquezas en metales preciosos. Estas dieron por resultado el establecimiento de algunos poblados estables, a los cuales, dentro de las políticas de población hispanoamericana, se les denominaba "ciudades". Entre 1536 y 1570 fueron fundadas hacia el oeste de los ríos Marañón y Huallaga, las ciudades de Loja, Zamora,

Figura página anterior:
El poblado de Pebas en la actualidad, situado a orillas del río Ampiyacu, tributario del río Amazonas. En sus inmediaciones se hallaba la reducción de San Ignacio de Pebas, al presente desaparecida bajo el denso manto de la selva (2005).

La misión de Maynas¹

El establecimiento de la misión durante los siglos XVII y XVIII en la región amazónica no fue un proyecto largamente meditado, sino más bien la consecuencia de una serie de conflictivas situaciones políticas, así como de intentos forzados y otras tantas veces fallidos, de establecer poblaciones estables en el área norte de la selva alta del virreinato del Perú.

Si la creación de la misión fue difícil, su desarrollo y evolución a través del tiempo la convirtieron probablemente en el más complejo e inestable de todos los proyectos evangelizadores desarrollados por los jesuitas en la América española. Las razones de ello fueron múltiples y de la más variada índole, conjugándose hasta llegar a situaciones límite una y otra vez. Sin embargo, frente a esta dura empresa que llegó en ciertos momentos a tener ribetes tales que hicieron casi imposible su desempeño, los jesuitas perseveraron con una tenacidad inagotable, hasta el último instante de su permanencia en Maynas.

Los viajes de exploración en la región amazónica fueron iniciados² poco tiempo después del ingreso de los españoles al territorio político del Perú actual ocurrido en 1532. En breve tiempo, el hallazgo de yacimientos auríferos en las orillas de algunos ríos impulsó el deseo de los conquistadores al establecimiento de poblados permanentes. Esto trajo consigo frecuentes y sangrientas rebeliones indígenas que fueron sistemáticamente sofocadas, si bien a costa de un gran número de muertos.

Considerando que los alzamientos y subsecuentes represalias no hacían más que complicar la situación, el gobernador Pedro Vaca de la Cadena optó por intentar pacificar la región. Para lograrlo, solicitó al virrey Luis Jerónimo de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón, que fuesen enviados religiosos de la Compañía de Jesús, con la finalidad de apoyar el entendimiento con los habitantes de las distintas etnias, y contemporáneamente establecer poblados permanentes que facilitasen la tarea de catequesis entre los indígenas.

Fue así como en 1638 llegaron a la ciudad de San Francisco de Borja, a orillas del río Marañón –en el actual departamento de Loreto, Perú–, los primeros dos jesuitas, de un total de 161 que bregaron en Maynas. Con la oportuna y permanente llegada de más religiosos y el es-

tablecimiento paulatino de las reducciones, se logró ampliar progresivamente el área geográfica misional. Esta llegó a tener una extensión inmensa, debido principalmente a que avanzaban en territorio no conquistado. En su tesonera labor lograron establecer reducciones a orillas de los ríos Marañón, Pastaza, Paranapurás, Tigre, Napo, Putumayo, Aguarico, Ucayali, Pachitea, Yavarí, Nanay y naturalmente en las orillas e islas del río Amazonas,³ expandiéndose hasta la confluencia con el río Negro en las inmediaciones de Manaos (Brasil).

A pesar de haber alcanzado una extensión tan impresionante, esta no pudo ser mantenida. Un motivo determinante fue el avance de los soldados portugueses por el río Amazonas, el cual tuvo por finalidad ampliar las posesiones de la corona portuguesa, así como el apresamiento de indígenas para venderlos posteriormente en el lucrativo comercio de esclavos. Las acometidas fueron frecuentes, concluyendo con la gran invasión en 1710 y la consecuente pérdida de un cuantioso número de reducciones fundadas en el río Amazonas. La consecuencia de estas acciones y la incuria del virrey del Perú⁴ desembocaron en el establecimiento de una nueva frontera amazónica para los dominios españoles, la cual quedó asentada en la desembocadura del río Yavarí, debiendo los misioneros replegarse definitivamente hacia el río Marañón.

A pesar de los grandes altibajos en la evolución de la misión –con ciclos de crecimiento intercalados por periodos de retroceso–, los jesuitas llegaron a fundar más de un centenar de reducciones, las cuales a mediados del siglo XVIII estuvieron organizadas en cuatro grandes zonas:

- a) La misión alta del Marañón, con la cabecera en la ciudad de San Francisco de Borja y distribuida en 27 reducciones.
- b) La misión baja del Marañón (Amazonas), con su sede principal en San Joaquín de Omaguas y con 52 reducciones, diecisiete de las cuales se perdieron con la irrupción de los portugueses.
- c) La misión del Pastaza conformada por seis reducciones.
- d) La misión del Napo compuesta por 21 reducciones, nueve de las cuales estaban en el río Aguarico (De Velasco, 1981, I).

La misión en conjunto nunca logró el nivel de permanencia, solidez y autonomía que hubiesen facilitado su florecimiento. Por el contrario, tuvo

un devenir conflictivo y con logros temporales y espaciales muy aislados, tanto en sentido catequístico, como a nivel de permanencia de las reducciones sobre el territorio. Los principales motivos asociados con dicha inestabilidad pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

El medio geográfico en el cual se desarrolló la misión

Las dificultades para ingresar a la región fueron muy grandes. A través de los años se lograron establecer hasta siete diferentes rutas de acceso, todas ellas con obstáculos e inconvenientes considerables. Estas implicaban cruzar ríos caudalosos, frecuentemente alternados con cuevas abruptas o áreas pantanosas, con gran frecuencia pobladas por indios hostiles.⁵

Las únicas vías de comunicación dentro de gran parte de la misión eran los ríos. Por tal razón los jesuitas establecieron sus reducciones a orillas de ellos. Desafortunadamente estos no solamente eran las rutas de acceso de vituallas y aprovisionamiento, sino también constituyeron las sendas a través de las cuales se propagaron con impresionante celeridad muchas enfermedades epidémicas, diezmando las poblaciones establecidas y ocasionando la fuga al monte de los sobrevivientes (Figueroa, 1986).

La heterogeneidad cultural de los habitantes y su particular relación con el medio ambiente

Las regiones de selva alta y baja en las cuales se desarrolló la misión, estaban habitadas por grupos humanos organizados en sociedades con lenguas heterogéneas, hecho que agudizaba el problema de la comunicación entre los indígenas y los misioneros.⁶ De manera concomitante, existía la dificultad generada por la disposición que obligaba a los misioneros a viajar con escolta militar, en particular para realizar expediciones de evangelización en territorios no explorados con anterioridad. Los indígenas sentían temor y perturbación ante la presencia de los soldados, ya que estos con frecuencia habían aplicado severos castigos a los pobladores en represalia a las sublevaciones. Por último, un problema de profunda raigambre amazónica, fue la dispersión de la población indígena, ya que los habitantes se hallaban a distancias considerables entre sí. Para

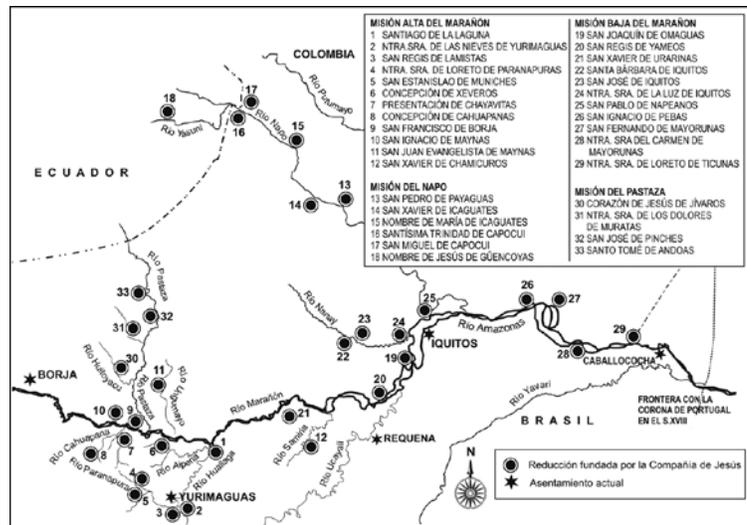


Figura 1: Probable ubicación de las treinta y tres reducciones jesuíticas pertenecientes a las misiones alta y baja de Maynas en 1767 (2006).

los misioneros reducir para evangelizar, fue una constante en su estrategia de establecimiento. No obstante, a pesar de los infinitos esfuerzos realizados, frecuentemente los indígenas se negaban a sedentarizarse, por no ser este su modo de vida. Los líderes indígenas no colaboraban por temor a ser entregados a los españoles para el servicio personal, lo cual complicaba el proyecto general del establecimiento de poblados permanentes.

Las condiciones de vida de los misioneros

A lo largo de su devenir, el número de sacerdotes que misionaron fue considerablemente pequeño frente a un territorio tan extenso. Debido a que la geografía resultaba desconocida e inhóspita para los foráneos, los desplazamientos eran necesariamente lentos y difíciles, con las reducciones situadas a distancias que variaban entre un día de navegación y varias semanas. Esto tuvo como consecuencia que un misionero tuviese a su cargo un mínimo de dos o tres reducciones, que en ciertos casos y momentos concretos pudieron llegar a ser más, lo cual obligó a los religiosos a pasar poco tiempo en algunas de ellas. Esta falta de permanencia desencadenó el abandono de los poblados y la sistemática dispersión de sus habitantes (Jouanen, 1941, II). También es necesario tomar en cuenta la escasa preparación de los religiosos para trabajar en un medio natural y cultural tan diferente a todo lo conocido por entonces. Esto se tradujo en una difícil adaptación, que se hacía aun más lenta debido a una alimentación precaria y con ingredientes totalmente desconocidos por aquel tiempo en Europa. Otra constante fueron las frecuentes y prolongadas enfermedades de

Valladolid, Loyola, Jaén de Bracamoros, Chachapoyas, Moyobamba, Santiago de las Montañas y Santa María de Nieva. Muchas fueron abandonadas en años posteriores y de algunas apenas si conocemos su ubicación, pues no ha quedado ningún resto tangible de ellas. Por otra parte, tenemos las exploraciones llevadas a cabo por Francisco de Orellana y su socio Gonzalo Pizarro a la “tierra de la canela”, en busca del legendario El Dorado, cuyos guerreros supuestamente estaban “armados de piezas y joyas de oro”. La expedición, desde la perspectiva del hallazgo de grandes riquezas, fue un total fracaso. Sin embargo, fue esta penosa y terrible expedición la que permitió el descubrimiento del “Río Grande de las Amazonas” (Negro, 1999, pp. 251-268).

³ El misionero P. Samuel Fritz fundó la reducción de San Joaquín de Omaguas en 1686, la cual fue trasladada

varias veces de sitio, constituyendo la segunda misión en importancia después de Santiago de la Laguna. En 1688 estableció el poblado de Nuestra Señora de las Nieves, entre los Yurimaguas, y en los años subsiguientes organizó 38 –según otros cronistas, estos fueron cuarenta– poblados a lo largo de las orillas y sobre las islas e islotes del río Amazonas. La distancia desde Santiago de la Laguna hasta la desembocadura del río Negro superaba los 2.900 km de recorrido fluvial.

4 Después de haber estado prisionero en Pará durante diecinueve meses, Samuel Fritz, que conocía muy bien el problema de la falta de límites precisos en la región amazónica, decidió viajar a Lima en 1692. El objeto era entrevistarse con el virrey Melchor de Portocarrero y Laso de la Vega, conde de la Monclova. Este le recibió con gran “compasión y ternura”, pero cuando Fritz le expuso el problema del avance lusitano, el virrey respondió que en lo temporal “[...] no fructificaba al rey de España, como otras muchas provincias que con más razón y título se debían con todo empeño defender de hostiles invasiones”. Finalmente le señaló que en estas dilatadas Indias había suficientes tierras para ambas coronas y le sugería que con su santo celo y devoción, no permitiese “[...] la Divina Bondad se mallograsen trabajos tan de su agrado” (Rodríguez, 1997, p. 100).

5 Estos factores llevaron a privilegiar una de las rutas, la cual ingresaba a Maynas a través de la ciudad de Archidona, en la gobernación de los Quijos, jurisdicción de Quito. Casi todas las rutas tenían como punto de partida la ciudad de Quito, ya que, entre los siglos XVI y XIX, el acceder a dicha región desde

los misioneros, expuestos a muchas tribulaciones cotidianas (Medina, 1999, pp. 429-472).

Las dificultades económicas

Si bien supuestamente debían sustentarse a través del financiamiento proveído por la corona española, lo cierto fue que esta no se hizo efectiva a lo largo de los primeros veinticuatro años de su establecimiento. Recién a partir de 1662, el rey señaló una dotación anual de doscientos pesos, mientras que los despachos de vituallas desde Quito costaban más de mil pesos al año. Los jesuitas lucharon siempre para intentar que las reducciones fueran económicamente autosuficientes, sin lograrlo nunca plenamente. La producción local estuvo limitada a productos tales como canela, cacao, cera y hamacas, las cuales eran comercializadas en Quito o en Lamas. Cuando las reducciones comenzaron a extenderse hacia la selva baja –multiplicándose el número de fundaciones a partir de 1690–, la crisis económica se hizo cada vez más patente. En 1740 la Compañía de Jesús adquirió cuatro haciendas en las proximidades de Quito, con la finalidad de que sus ingresos sirvieran íntegramente para financiar y promover las actividades de los misioneros. La expulsión, casi tres décadas más tarde, previno que estas logaran ser el catalizador económico de la misión de Maynas (Codina, 2005, pp. 243-260).

Fue dentro de este complejo mosaico geográfico y cultural, donde se inscribió a mediados del siglo XVIII el apostolado del P. Manuel Uriarte.

Manuel Joaquín Uriarte, misionero y cronista

Nació en el pueblo de Zurbano en la provincia de Álava (España), el 14 de septiembre de 1720. Su padre, don Juan José de Uriarte y Lezea fue Caballero de la Orden de Santiago. Creció dentro de una familia muy devota que fructificó, ya que seis de sus hijos ingresaron a la vida religiosa. A la edad de catorce años fue enviado a Sevilla para servir como paje en la casa del arzobispo don Luis Salcedo y Azcona. Pocos años más tarde, hacia finales de 1737, ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús. Corriendo el año de 1742, mientras se hallaba cursando sus estudios de Letras en Carmona, decidió escribirle al P. General solicitándole ser enviado a las misiones americanas. Como

consecuencia de ello, fue incorporado a un nutrido grupo de 55 misioneros que partió del puerto de Cádiz a comienzos de 1743 con destino a Quito. Ya durante su viaje al Nuevo Mundo era posible prefigurar al cronista de los años posteriores, pues fue registrando todos los acontecimientos diarios de su travesía, lo cual fue un preludio de su desempeño posterior como cronista (Bayle, 1949).

Instalado en Quito después de un viaje por mar y tierra lleno de peripecias, concluyó sus estudios, recibiendo el orden sacerdotal en 1747. Apenas ordenado y en varias oportunidades posteriores, le hizo saber al Provincial de la Compañía de Jesús su fervoroso deseo de ser enviado a las misiones para catequizar a los indios. A pesar de sus anhelos, tuvo que permanecer en dicha ciudad durante tres años, desempeñándose como docente de Gramática en el Colegio Máximo de Quito. Posteriormente fue enviado a enseñar Retórica a los estudiantes jesuitas en Latacunga. A pesar de que aseguraba hallarse contento y satisfecho de su trabajo, también anotaba que “[...] con todo el gusto que tenía no se sosegó mi corazón hasta ver las misiones de infieles”. A lo largo de estos años de espera, no se perdió de ánimo y comenzó acuciosamente a estudiar el quechua o “lengua general del inga” (Uriarte, 1986, p. 98).

Mientras tanto, a principios de 1745, en la conflictiva y violenta misión del Napo, algunos integrantes del grupo étnico payaguas se rebelaron, terminando por asesinar al misionero.⁷ De inmediato todos los pobladores se internaron en la espesura de la selva. El P. Martín Iriarte, fundador de varias reducciones en las orillas del río Napo, intentó nuevamente reunirlos, pero enfermó de gravedad y tuvo que ser trasladado al Marañón, quedando el sitio a cargo de un Hermano coadjutor.

En esta coyuntura y habiendo manifestado una vez más Uriarte su deseo de ir a Maynas, el Provincial decidió enviarlo a la misión en conflicto en compañía del P. Isidro Losa y el H. Lorenzo Rodríguez. Partió alborozado el día de Navidad de 1750 con el “despacho” de canoas e indios que venían de Maynas a recoger misioneros, alimentos y otras vituallas. Después de una semana de viaje, llegaron a Archidona y desde allí se dirigieron a pie hasta el puerto del río Napo, donde embarcaron nuevamente. A los cuatro días llegaron a la reducción de San Luis de Tirirí y algunos más tarde a la reducción de Nombre

de Jesús María, donde permanecieron durante tres meses para ser instruidos por el H. Salvador Sánchez. Así comenzó la experiencia maynense de Manuel Uriarte, la cual se extendió por diecisiete años. El trabajo principal estaba orientado a la búsqueda de grupos de indígenas, a los cuales era necesario convencer para que aceptasen ser reducidos a poblados permanentes. Paralelamente era necesario desarrollar una articulada labor de catequesis y conversión, matizada con la recompensa espiritual del bautismo de los conversos, la celebración de matrimonios y honras fúnebres. Al mismo tiempo, eran frecuentes la congoja e impotencia frente a los azotes epidémicos y el peligro constante de enfermar gravemente o ser atacado físicamente por algunos neófitos descontentos. Existía, además, la constante preocupación de contar con alimentos y otros suministros suficientes en la reducción, aparejada con la incertidumbre de ver a los indios dispersarse y huir en la espesura, lo que significaba tener que ir por ellos para intentar reunirlos nuevamente. Además, era imprescindible edificar templos y ornamentarlos adecuadamente, así como construir otras muchas edificaciones necesarias en cada poblado, con los escasos recursos y exiguos materiales constructivos disponibles. A todo esto habría que agregar la intranquilidad acerca de la amenazadora presencia de los portugueses, que coexistía frente a la apremiante urgencia de seguir extendiendo la misión. Se trataba de un proceso permanente que se repetía una y otra vez, sin importar los aislados fracasos.

En medio de este panorama agotador y gratificante al mismo tiempo, halló nuestro misionero la manera de mantener incansablemente una actividad por la cual sentía particular predilección desde muy joven. Se trataba de recoger información acerca de todo lo que veía a su alrededor y vivía cotidianamente realizando la narración con sus impresiones y sentimientos más profundos. No hay que olvidar que cuando llegó a la misión en 1750, esta no se hallaba en su apogeo, sino en un momento de crisis que se prolongó inexorablemente hasta la ejecución de la sentencia de extrañamiento. Entre los principales motivos que la generaron, hallamos los sistemáticos ataques de los portugueses, que desestabilizaban las reducciones en conjunto – aun las más distantes– ya que la noticia se difundía con notoria celeridad. También fueron perturbadoras las intensas rebeliones⁸ que ocurrieron entre 1749 y

1753, las cuales trajeron consigo la destrucción de muchas reducciones mediante incendios masivos. No obstante, la razón determinante que se sumó a las ya señaladas, fue ocasionada por las epidemias que arrasaron a centenares de “neófitos y catecúmenos”.⁹

El texto recopilado por Uriarte y estructurado además como un diario, lo convierte en único dentro de todos los restantes cronistas de la misión. La afirmación apriorística de que se trata de una crónica insólita y peculiar, tiene que ver además con el periodo cronológico en que fue redactada. Debido a que estuvo allí en la etapa final de ella, tuvo la oportunidad de recoger información oral y escrita prácticamente desde su temprano establecimiento en el segundo tercio del siglo XVII. Cuando en 1756 fue destinado como vicesuperior en la reducción de San Joaquín de Omaguas, situada en la Misión Baja –donde permaneció por siete años–,¹⁰ pudo llevar a cabo un detallado seguimiento de su evolución. En 1767 lo hallamos misionando en la reducción de San Ignacio de Pebas. Sin embargo, a los pocos meses fue asignado a la reducción de San Regis de Yameos. Fue al llegar a esta última cuando tuvo noticias de la expulsión de los jesuitas. En su Diario recoge toda la vivencia del extrañamiento forzado y los sucesos y avatares del viaje a Europa en compañía de los dieciocho restantes religiosos de Maynas.

Durante su permanencia en la misión, escribió aparentemente otro texto, el cual se titula “Ticunas y modo de confesar Ticunas”. Uriarte lo confirma a lo largo de su Diario al consignar que “[...] hice una breve instrucción con preguntas por medio de un buen intérprete [...] (y es el único papel que metido en un libro, traje conmigo en estas materias hasta Italia) Para el catecismo había cuadernitos y se hacía la doctrina en cuatro lenguas” (Uriarte, 1986, acápite 66). También redactó un considerable número de cartas. Desafortunadamente no todas fueron conservadas. Las que escribió a sus Superiores o a sus hermanos jesuitas se han extraviado o aún no han sido localizadas. Sin embargo, se han conservado treinta y dos de las que envió a sus familiares desde Maynas. Ellos las guardaron y encuadernaron con el rótulo de “Cartas originales de mi hermano el P. Manuel Uriarte de la Compañía de Jhs., misionero apostólico en las Indias, i provincia de Quito, destinado el año de 1750 a la misión del río Napo, i después a las orillas del gran Mara-

Lima era una empresa de mayor envergadura, no sólo por la gran distancia existente, sino por la imperativa necesidad de cruzar los Andes para alcanzar la Amazonia, todo lo cual repercutía negativamente en tiempo y costos. Por estas circunstancias geográficas, la misión dependió siempre de la provincia jesuítica de Quito y administrativamente formaba por entonces una única gobernación (Ardito, 1993).

6 Los misioneros desconocían las lenguas locales, las cuales llegaron a ser muchas. Para el P. Antonio Vieyra, el total de lenguas que se hablaban en el Marañón superaba las 150, mientras que según el cronista jesuita Juan de Velasco estas fueron unas cuarenta. El cronista franciscano Fr. Francisco Compte señalaba que fueron solamente veintisiete. Las marcadas diferencias entre las afirmaciones de los diversos cronistas puede residir en el hecho de que en sus escritos no precisaron el área geográfica que ellos denominaban “El Marañón”. Por otro lado, una segunda posibilidad es que no se trate en todos los casos de lenguas individuales, sino más bien de grupos lingüísticos. De cualquier manera, el gran número existente obligó a la imposición del quechua como lengua franca. Dicha situación hizo imprescindible la captura de algunos individuos para ser entrenados en la “lengua general del inga”, para que luego sirviesen de intérpretes y promoviesen el establecimiento de las reducciones. El quechua finalmente tampoco se convirtió en una lengua general para relacionarse con facilidad, ya que la mayor parte de los habitantes nunca la llegó a aprender y, por lo tanto, se vieron obligados a depender de terceros para poderse comunicar

(Compte, 1885; De Velasco, 1981; Vieira, 1959).

7 El misionero asesinado fue el P. Francisco del Real, quien había logrado reducir a un grupo de indios payaguas en el poblado de San Miguel de Ciecoya. El motivo de la rebelión fue la insistencia del misionero para que los indígenas reducidos se limitaran a tener una sola mujer (Jouanen, 1943, II, p. 473).

8 En 1749 se rebeló un grupo de payaguas, los cuales atacaron la reducción de los Ángeles de la Guarda de Payaguas. En 1753 casi todas las naciones y poblaciones de la misión del Napo se levantaron, lo que culminó con un intento fallido de asesinar al P. Uriarte. El misionero mismo narra el episodio en su Diario (De Velasco, 1981) reseña que estuvo "por tres días enteros, con toda la cabeza abierta, desangrando, inmóvil y fuera de sus sentidos, con todas las apariencias de cadáver" (Velasco, 1981, p. 512).

En ese mismo año de 1753, los cahumares del Marañón mataron al P. Joseph Casado.

9 Durante los primeros 23 años casi no hubo epidemias en las misiones, pero a partir del año 1660 estas se multiplicaron. Podemos señalar que entre 1690 y 1720 se documentan doce grandes epidemias que diezmaron intensamente la población, en especial aquella que vivía en los asentamientos permanentes. En 1749, poco antes de la llegada del P. Uriarte a la región, hubo una terrible peste de viruela y sarampión que involucró toda la Misión Baja extendiéndose luego por la Misión Alta, afectándolas de tal manera que nunca lograron reponerse totalmente. En 1756 una epidemia de viruelas volvió a atacar la Misión Alta, afectando intensamente a los pobladores de Borja y

ñón en las Islas Omaguas" (Bayle, 1986, p. 55). Además de lo consignado, existen dos paquetes de cartas que, conjuntamente con el Diario, pertenecieron al señor Antonio Graíño.¹¹ Uno de ellos contenía veintisiete epístolas que había escrito a sus hermanos José Agustín y Juan Fernando y a su hermana María Francisca, religiosa en el convento dominico de Santa Cruz de Vitoria. El otro contenía cartas dirigidas a otros misioneros jesuitas en la Amazonia. Los escritos procedentes de tierras americanas eran muy codiciados en España. Estos solían publicarse porque eran el medio a través del cual el rey difundía las noticias del florecimiento de la fe en mundos remotos y peligrosos. También es sabido que los europeos sentían una curiosidad inapagable acerca de las tierras situadas "en las antípodas", con una flora y fauna misteriosas y cuyos habitantes tenían costumbres "extrañas".¹²

Adicionalmente a su crónica y sus cartas, a través de los años algunos estudiosos le han adjudicado otras obras, aunque sin mayor sustento histórico. Carlos Sommervogel en su monumental "Biblioteca de la Compañía de Jesús", así como Cipriano Muñoz y Manzano conde de la Viñaza en la "Bibliografía española de lenguas indígenas de América", le atribuyen dos manuscritos. Uno de ellos es la "Doctrina y vocabulario en la lengua del Napo" y el otro "El arte de la lengua quiriquire". Uriarte nunca hizo referencia alguna en relación con haber sido el autor, aunque en varias ocasiones retomó trabajos ya hechos por sus antecesores, los cuales corrigió y aumentó con el objeto de ayudar a los misioneros que aún estaban por venir. Al presente desconocemos el paradero de ambos manuscritos. Otra obra que con frecuencia se le atribuye es un "Catecismo en lengua omagua", del cual sabemos con certeza que no fue escrito por Uriarte. El autor aún resulta ignoto en la actualidad. Nuestro misionero lo transcribió incorporándole algunas adiciones y luego lo empleó en la catequesis de los omaguas.

Dejando de lado las obras señaladas, le han sido atribuidas a través del tiempo otros escritos diversos, en particular vocabularios de las diversas lenguas amazónicas, así como catecismos y manuales para confesar. La dificultad principal estriba en que la mayor parte de ellas se ha extrañado, por lo cual su filiación resulta poco menos que dudosa.

La vivencia de la expulsión: premoniciones, significados e implicancias

Corría el año de 1766 cuando llegó a Maynas el P. Francisco Aguilar, designado como nuevo Superior. Este religioso trajo consigo un proyecto diferente, el cual implicaba enviar a todos los misioneros ancianos a Quito y reemplazarlos con jesuitas jóvenes que siguieran sus máximas, proyectando además nuevas conquistas espirituales en el río Curarai, un afluente del río Napo situado a tres días de navegación desde su desembocadura.

Mientras ponía en funcionamiento su nueva estrategia pastoral, decidió enviar a nuestro misionero a la reducción de San Pablo de Napeanos en la Misión Baja. Al año siguiente, sin embargo, el Superior le ordenó tomar posesión de San Ignacio de Pebas, debiendo cuidar además a las reducciones de Nuestra Señora de Loreto de Ticunas y Nuestra Señora del Carmen de Mayorunas. Pocos meses después, le señaló que debía ir a San Regis de Yameos. La política de cambiar a los misioneros de un poblado a otro es un claro indicativo de la escasez de misioneros disponibles. Añadidamente, esta generaba zozobra e inseguridad en los recién reducidos.

A pesar de lo difícil de la situación, obedeció prontamente llegando un atardecer de octubre de 1767 a su última reducción, que fue la de San Regis de Yameos. Allí lo esperaba el P. José Palme, a quien Uriarte dio la buena nueva de que había sido designado como vice-superior en San Joaquín de Omaguas. Lamentablemente dicho religioso le tenía una noticia fatal en respuesta: "[...] ya nos echan a todos de España e Indias. En Quito están arrestando a todos los Padres y les han quitado todo. Esto avisa con gran secreto, el religioso dominico misionero de los Canelos" (Uriarte, 1986, p. 484).

Quedó tan impresionado que no pudo articular más palabras. A pesar de la congoja, se hizo cargo por segunda vez y durante el poco tiempo que quedaba, de la reducción señalada. Debido a que los neófitos estaban muy inquietos porque sospechaban lo que estaba sucediendo, trató de consolarlos asegurándoles que por su parte nunca los abandonaría. Una preocupación latente era el destino final de toda la extensa información que había logrado reunir "[...] en dos tomos abultados en cuarto, desde que fui a la Misión [...]"

(Uriarte, 1986, p. 502). Con la llegada de la noticia de que pronto deberían abandonar las misiones y salir al exilio, Uriarte supuso que no le habrían de permitir llevar sus escritos. En previsión a lo que pudiese suceder y mientras se hallaba en espera de la llegada de las autoridades españolas competentes, decidió hacer una síntesis de su Diario, reduciéndolo a un breve compendio en el cual consignó la información más importante.

Por aquellas fechas Uriarte supo que el Superior de la Misión, P. Francisco Aguilar, había recibido una carta del Presidente de la Real Audiencia de Quito, don José Diguja, quien agradecía a los jesuitas los grandes esfuerzos desplegados en la cristianización de los habitantes de la región amazónica. En retribución, les ofreció tratar de aliviarles las incomodidades del viaje, disponiendo de ropa blanca y negra para que vistiesen, así como las habitaciones necesarias para que pudiesen quedarse a descansar en la Recolectión de Pomasqui, en las afueras de Quito, antes de emprender el viaje a Europa.

En abril de 1768 llegó a San Regis de Yameos, proveniente de San Joaquín de Omaguas, una carta del Gobernador don Antonio de la Peña, en la cual daba cuenta de la próxima llegada de las autoridades españolas y al mismo tiempo prodigaba su más sentido pésame por la forzada salida de los jesuitas de la Misión. Uriarte no se amilanó y, por el contrario, comenzó a hacer arreglos en la iglesia para que quedase lo mejor posible después de su partida y pudiese durar todavía muchos años.¹³

A finales del mencionado mes de abril, recibió un despacho con la noticia de que habían llegado a San Joaquín de Omaguas dieciséis clérigos acompañados por su Superior y Visitador don Manuel Echeverría,¹⁴ quien era el encargado de notificarles el decreto de expulsión. Con ellos venía también José Basabe como Comisionado para ejecutar las órdenes reales y escoltar a los religiosos durante su salida definitiva de la Misión. Debido al agotador viaje desde Quito, la comitiva decidió quedarse descansando en Omaguas por dos meses.

En julio de 1768, llegó a San Regis de Yameos un despacho desde San Joaquín de Omaguas, haciéndole saber al misionero que a mediados del mismo mes llegaría la comitiva de autoridades. Cuando al fin entraron en la reducción, se hallaba en perfecto orden. Fueron muy bien recibidos en el portachuelo del poblado por los

“varayos”,¹⁵ quienes los homenajearon en nombre del misionero. A continuación los acompañaron a la iglesia, siguiéndoles las mujeres y los niños.

Durante su permanencia rezaron, descansaron y pasearon por el poblado, el cual les pareció sugestivo, destacando el primor de su iglesia. A la mañana siguiente pidieron al misionero que convocase a los habitantes de toda la reducción¹⁶ para comunicarles las nuevas disposiciones relativas al gobierno misional. Una vez que todos se hallaron reunidos, el Visitador intentó hacerles comprender lo que estaba sucediendo. No obstante, vencido por la emoción comenzó a afligirse, terminando en llanto conjuntamente con todos los presentes.

Ese mismo día, el Comisario se presentó en el alojamiento del religioso y con solamente dos testigos le notificó el decreto de su Majestad. También le hizo saber dos cosas más. La primera, que debía quedarse encargado de la reducción hasta el día de su partida, y la segunda, que cuando llegase el momento de marchar podría llevar consigo “[...] lo que su uso, y le añado que lleve cuanto pueda, porque tendrá necesidades” (Uriarte, 1986, p. 507). A continuación pasó a hacer el inventario correspondiente. En este destacan dos casas, la una con siete aposentos y veinticuatro “ventanas de barandilla” y la otra, con dos cuartos que servían como despensa y cocina. La iglesia con su respectivo coro, edificada con pared doble de bajareque¹⁷ y cubierta con un techo de hojas de palma. En los muros se abrían

Santiago de la Laguna. En 1762 hubo otro brote de viruelas en La Laguna, matando a los pocos que aún quedaban (Chantre, 1901; De Velasco, 1981; Uriarte, 1986).

10 Al llegar a la misión del río Napo en 1750 se hizo cargo de la reducción del Nombre de Jesús. En 1754 le fue ordenado salir del Napo hacia el Maraón, porque era peligroso seguir allí después de la rebelión de los payaguas en 1753, en la cual intentaron asesinarle. Como consecuencia de ello fue nombrado compañero del P. Martín de Iriarte, quien se desempeñaba como vicesuperior en San Joaquín de Omaguas. Un año más tarde se le destinó como misionero en San Regis de Yameos –en la Misión Baja– por su delicado estado de salud. En 1756 fue señalado como vicesuperior en San Joaquín de Omaguas, de donde saldría en 1764 para hacerse cargo de la reducción de Santa Bárbara de Iquitos en el río Nanay. Al año siguiente bajó nuevamente a San Joaquín de Omaguas y se quedó brevemente reemplazando al P. Javier Veigl, mientras este se hallaba de viaje. Luego volvió a las reducciones del río Nanay en septiembre de 1765. En 1766, cuando el P. Francisco de Aguilar fue designado como nuevo Superior de la misión de Maynas, le fueron señaladas una sucesión de reducciones en cada una de las cuales permaneció por corto tiempo.

11 Estas cartas fueron consultadas por Constantino Bayle con la intención de escribir



Figura 2: Traza hipotética de una reducción en la misión de Maynas durante el siglo XVIII, elaborada a partir de descripciones realizadas por diversos misioneros cronistas (2004).

la biografía de Manuel Uriarte, proyecto que nunca llegó a buen término. Sin embargo, utilizó parte de este material para redactar la extensa introducción al *Diario de un Misionero de Maynas*.

12 De Velasco narra acerca de “dos bellísimas cartas y muy difusas de elogios y de noticias curiosas sobre las Misiones de Mainas del Marañón, comparándolas y prefiriéndolas [...] a las de China”. El autor de ellas fue el P. Francisco Viba, quien las escribió en 1682 a partir de los informes que le había facilitado el P. Francisco Fernández, quien a su vez había salido de la misión para ir a Quito con cincuenta neófitos de la etnia Gaes. (Velasco, 1981, I, p. 348).

13 Hizo traer en canoas desde el río Tigre unas hojas fuertes, que eran conocidas como palmiche, y fibras para amarrarlas. Empleó las hojas para rehacer el techo de la iglesia, ya que este solía durar solamente unos cuatro años. También mandó a reparar el muro perimetral o pretil del atrio y procedió a rellenar la pendiente del mismo con tierra apisonada con lo cual “quedó como esta plaza de Ravena, larga más que ancha...” (Uriarte, 1986, p. 491).

14 Manuel Echeverría fue un antiguo amigo del P. Uriarte, ya que había sido maestro en el colegio de San Luis de Quito y posteriormente fue cura en Saquisilí. Estaba desempeñándose como Prebendado de la catedral de Quito cuando se le encomendó ir a Maynas, llevando consigo a los sacerdotes que debían reemplazar a los jesuitas en las reducciones.

15 El “varayoc” era la autoridad de mayor categoría en un poblado. Su investidura se realizaba por medio de la elección comunal. El origen de dicho cargo

diecinueve ventanas con balaustres, dos rejas para el comulgatorio, una pila bautismal de madera entallada, tres mesas y dieciséis bancos para los feligreses. Entre los ornamentos y alhajas del templo sobresalen “dos retablos que sirven de colaterales al mismo altar mayor” (Uriarte, 1986, pp. 508-511), varias esculturas de cuerpo entero, cuatro campanillas de altar y cuatro campanas regulares para llamar a los fieles. Al día siguiente, la comitiva de autoridades partió hacia la reducción de San Javier de Urarinas, después de una cálida despedida.

Teniendo en cuenta que el Visitador ya no habría de volver a San Regis de Yameos, Uriarte decidió enviar su Diario aprovechando el despacho de un misionero proveniente de Santa Bárbara de Iquitos, el cual se dirigía hacia Santiago de la Laguna. Preparó el paquete con los dos voluminosos tomos acompañándolos con una carta de cordial despedida. Agregó un texto del P. Miguel Bastida¹⁸ titulado “Instrucción de misioneros y vocabularios de diversas lenguas”, suplicándole que los guardase y si corrían peligro los quemase. No sabemos si llegaron a manos de Echeverría alguna vez, pero lo cierto es que jamás se volvió a saber de ellos.

En la breve etapa de transición ocurrida desde el momento en que los misioneros tuvieron noticias de que serían expulsados de Maynas (octubre de 1767), hasta cuando debieron partir un año más tarde, se documentan una serie de percepciones significativas.

Acerca de los presagios que se manifestaron

En el Diario fueron consignados varios presentimientos, los cuales si bien se manifestaron con sucesos de índole muy diversa, nos informan del sentimiento de desazón generalizada que se proyectaba entre los jesuitas. El primero de los consignados por Uriarte sucedió en abril de 1765, cuando los religiosos ya estaban al corriente de la expulsión llevada a cabo en los territorios portugueses y franceses. Mientras el misionero se hallaba en la reducción de Santa Bárbara de Iquitos, tuvo el claro presagio de que todo se acabaría pronto. Al respecto escribió; “Parece adivinamos lo poco que había de durar esto, pues contra mi común parecer de dejar los bautismos de los adultos para la hora de la muerte [...] se hizo una solemne fiesta de bautismos, quedando ellos contentísimos [...]” (Uriarte, 1986, p. 431).

Un vaticinio similar le fue comunicado mediante una misiva escrita por el P. Mauricio Caligari y sucedió durante el Miércoles de Cenizas de 1768. En la reducción de San Javier de Urarinas, los neófitos le hicieron saber al religioso que la monumental cruz de madera que se hallaba hincada en el suelo del atrio de la iglesia, estaba oscilando, pero que no era un temblor de tierra, pues ninguna de las casas se movía. El hecho duró como un cuarto de hora y se repitió al día siguiente –Jueves Santo– cimbrándose fuertemente frente a los atónitos ojos del religioso. El misionero hizo que todos acudiesen a ver el prodigio e hiciesen de inmediato un acto de contrición. Uriarte señala en su crónica que, cuando respondió a la carta, le hizo saber al P. Caligari que se trataba de una exhortación divina, en el sentido de que la Compañía de Jesús sería combatida repetidamente, “[...] pero así como la cruz quedó firme, volverá a formarse una y otra vez la Compañía y las Misiones” (Uriarte, 1986, p. 493). Ciertamente aquí se puede advertir que se trata de una reinterpretación posterior a los hechos, ya que el texto fue re-escrito en Ravena recién en 1775. El Papa Clemente XIV había disuelto la Orden en 1773 y, sin caer en la cuenta de ello, el cronista interpreta retrospectivamente que el fenómeno confirmaba los reiterativos intentos de resurgimiento de la Orden.

Otros anuncios narrados en su crónica son aun más peculiares. Uno de ellos hace referencia a unos indios Omaguas, quienes hallaron en una playa un gran número de garzas de diversos colores, lo cual era común por aquella época del año. Excepcionalmente una de ellas era blanquísima y muy corpulenta, tanto que no podía volar con facilidad. Los indios la capturaron y llevaron a la reducción donde la soltaron y en breve el animal comenzó a comer pececillos en la orilla del río. Todos los pobladores afirmaban que se trataba de un agüero porque “ahora que se van nuestros antiguos Padres, nos dice este pájaro grande que nos huyamos, porque los viracochas [que eran blancos como la garza] nos han de azotar” (Uriarte, 1986, p. 501).

A mediados de mayo de 1768,¹⁹ nuestro misionero vivió personalmente una de tales experiencias. Recuerda que debido al gran calor se despertó a mitad de la noche y con sorpresa vio que su habitación estaba totalmente iluminada, como si estuviese en pleno día, aunque todavía no había amanecido. Quedó absorto mirando el

fenómeno que duró como media hora, después de lo cual “[...] volvió a oscurecerse y quedé en lóbrega noche” (Uriarte, 1986, p. 501). A la mañana siguiente el curaca y el herrero de la reducción le comentaron que habían percibido el mismo fenómeno en sus casas. Casi una década más tarde y ya en Ravena, Uriarte teorizó sobre el suceso, especulando que la religión cristiana estaba oscurecida como una noche opaca, con “prisiones, destierros y calumnias”. Con la intercesión de San Juan Nepomuceno, sería descubierta la inocencia de la Compañía de Jesús y volvería a amanecer un día claro, durante el cual retornaría a las regiones donde había sido expelida con tanta ignominia. Es interesante observar que cuando vuelve a redactar su Diario por tercera y última vez en Ravena (Italia), tiene que hacer un gran esfuerzo para recordar y organizar temporalmente sus recuerdos. Sin embargo, mientras estos vuelven a revivir en su mente, los analiza y sopesa frente a los hechos históricos ocurridos en el presente y que fueron posteriores al extrañamiento. Es así como progresivamente va transformando ciertas manifestaciones inusuales en explicaciones razonadas y llenas de significados simbólicos.

Sobre la persecución de la Compañía de Jesús

Al respecto, Uriarte señala en la tercera y última parte del Diario –que abarca entre los años de 1763 y 1775– que, sabedores ya muchos de los misioneros de la noticia, la aceptaron con resignación y obediencia. El autor de la crónica procura afirmar en diversos contextos coloquiales –ya sea en primera o tercera persona– que la persecución sería breve y terminaría pronto y que lo importante era armarse de paciencia. En conjunto, la visión manifiesta que a pesar de la tremenda encrucijada del momento histórico, se trataba de un contratiempo temporal. Es una visión positivista, aunada con el profundo ideal del retorno a Maynas de una Compañía de Jesús triunfante y completamente exculpada.

En cuanto a los motivos de la expulsión

La noticia de que el proceso de expulsión estaba en marcha generó entre los misioneros un sentimiento de generalizado desánimo. Es común hallar apreciaciones tales como “El P. Plindendorfer, que había ya armado la nueva iglesia de Xeveros

y puesto el techo, no tuvo ánimo de proseguirlo; el P. Veigl, que estaba en la ciudad de Borja [...] con tanto ánimo había proseguido la empresa de poblar el Ucayale, viendo su trabajo fallido, se consumía de tristeza [...]” (Uriarte, 1986, p. 489). Resulta interesante observar que, frente al decreto de extrañamiento, los misioneros intentaron hallar en ellos mismos los motivos de tal castigo. En ningún momento asumieron que se trataba de conflictos ajenos a su quehacer cotidiano. Por el contrario, se adjudicaron la culpa, afirmando que se debía a los muchos pecados que ellos habían cometido. Uriarte mismo señala haber pasado “[...] estos dos o tres meses entre dos peñas, esperando el último golpe, en que por mis grandes pecados había de entregar este pueblo a extraños” (Uriarte, 1986, p. 502) Sin embargo, eran conscientes de las grandes falsedades que circulaban en la capital del virreinato del Perú, tales como que se habían encontrado, debajo de los colegios jesuitas, ingentes cantidades de dinero y joyas. A pesar de ello, el sentimiento de culpa fue la emoción prevaleciente, acompañada por una sensación general de desconuelo por haberle fallado a su Madre, la Compañía de Jesús, que les había confiado la evangelización de los infieles en el paraíso perdido de la Amazonia.

Las dificultades relativas a la ejecución del extrañamiento seguían acumulándose. En septiembre de 1768 llegó a Santiago de la Laguna un despacho, en el cual José Basabe les hacía saber que había recibido una comunicación del Presidente de la Audiencia de Quito, en la cual le señalaba que por disposición de la Corte española, los jesuitas maynenses ya no habrían de salir pasando por Quito, sino a través del río Amazonas por el Pará. El Comisionado recibió además la orden de escoltarlos hasta San Pablo, donde los entregaría a las autoridades portuguesas competentes. De esta suerte, debían prepararse todos para el viaje, aun los más ancianos y enfermos. El mensaje también les prevenía de estar listos para partir a mediados del mes de octubre de 1768.

Preparándose física y emocionalmente para el momento final que se aproximaba rápidamente, los jesuitas²⁰ decidieron quemar todos los papeles que podían “servir de tropiezo”. El P. Uriarte procedió a preparar su magro equipaje. En una caja pequeña colocó los objetos religiosos indispensables, el compendio de su Diario que había sido reducido a un pequeño tomo, cuatro camisas viejas y un par de sotanas. Pensando

es probablemente anterior a la llegada de los españoles al Perú, aunque hay una determinante influencia española en la fijación de sus caracteres y funciones durante el virreinato.

16 En el momento de dejar la reducción de San Regis de Yameos, esta contaba solamente con unos 500 pobladores. Los motivos de tan escasa población los hallamos en las grandes epidemias que asolaron las misiones unos años antes.

17 Se denomina bajareque o pajareque la construcción de muros hechos con troncos y ramas trenzadas con cañas y barro. El término fue traído por los españoles desde las Antillas. En algunas regiones del virreinato del Perú, entre las cuales se hallaba Maynas, se le denominó también “tapia francesa”. Manuel Uriarte señala que: “De la Trinidad tuve buenas nuevas: el Hermano Lorenzo había sacado del monte unas ochenta almas [...] Al Hermano Lorenzo envié a Tiriri, donde hizo una curiosa iglesia de tapia francesa, con la ayuda de dos blancos y seis indios portugueses...” (1986, p. 110).

18 Este religioso de origen español había llegado a Maynas en 1738, estableciendo en 1742 y en la misión del Napo las reducciones de San Juan Bautista de Paratoas, Nuestra Señora de la Soledad de Guajoya y Nombre de María de Guajoya y Ancuterer (Jouanen, 1943, II, p. 248).

19 Uriarte recuerda que dicho suceso ocurrió estando muy cerca la fiesta de San Juan Nepomuceno, la cual se celebra el 16 de mayo.

20 La edad fue un factor determinante para los expulsados de Maynas. En primer lugar debieron enfrentar un viaje de semanas por el río

Amazonas, para luego proseguir por mar a Europa, lo cual era demasiado para las escasas fuerzas de varios de ellos, que superaban los 60 años de edad. Entre ellos podemos mencionar al hermano Pedro Schoneman que contaba con 68 años, Adan Widman con 74, Javier Veigl de 75, José Bahamonde con 78 y Leonardo Deubler con 83. El sufrimiento y angustia generalizados se vieron intensificadas ya que el mayor deseo de todos era morir entre sus "amados indios".

21. Para ello hizo preparar abundante cantidad de vaca marina frita, gamitanas saladas –se trata de un tipo de pescado– y harinas diversas.

en el largo viaje, decidió que era necesario disponer algunos viáticos,²¹ no solamente para él, sino para los jesuitas que venían de la misión del Napo, desde donde era imposible traer alimentos perdurables.

Al caer la tarde del 28 de octubre llegaron varias canoas a San Regis conduciendo los religiosos de la Misión Alta del Marañón y la Misión del Pastaza, acompañados por Basabe Ellos fueron el Superior Francisco Aguilar y Javier Veigl, que venían desde la reducción de San Francisco de Borja; Adam Widman, proveniente de Santiago de la Laguna; Dionisio Ibáñez, que llegaba desde Presentación de Chayavitas; Javier Plindendolfer, desde Concepción de Xeveros en el Marañón; Martín Sveina, quien arribaba después de tres meses de viaje de Santo Tomé de Andoas; Andrés Camacho, el cual se hallaba aun más lejos, en Corazón de Jesús de Jíbaros; Pedro de Berroeta, proveniente de Nuestra Señora de Loreto de Parapauras; Pedro Esquini, proveniente de Concepción de Cahuapanas, a seis días de San Regis, y Mauricio Caligari, quien llegó desde San Javier de Urarinas. Es posible que también se les uniese el P. Carlos Albrizzi, de San Javier de Chamicuro, aunque Uriarte reconoce en su texto que "no recuerdo si estaba allí". Después de rezar el Rosario y cenar, se recogieron en sus aposentos para marchar al día siguiente.

El 29 de octubre de 1768, después de las misas matutinas, partieron todos despidiéndose tiernamente de los indios, que estaban espantados, mientras que las indias y los niños sollozaban. Nuestro misionero decidió quedarse un momento más para despedirse a solas de su reducción. Acongojado, realizó una última visita a todo el poblado y repartió las últimas pequeñas baratijas a las mujeres y niños. La emoción que lo embargaba fue tan fuerte que no pudo continuar, así que dándole un abrazo final al nuevo clérigo, le dijo:

[...] no tengo corazón para verlos y dejarlos [...] puesto un lienzo en la frente para que no me vieran llorar, avisé a los bogas y corrí al puerto, siguiéndome aquella grey con sus balidos [...] y rezando la letanía y abandonado a una profunda melancolía, caminamos ese día hasta que con motivos sobrenaturales me sosegué [...] (Uriarte, 1986, p. 526).

Después de un día de navegación llegaron a San Joaquín de Omaguas, donde descansaron dos días. Allí hallaron la iglesia muy descui-

dada, porque desde la llegada de la noticia del arresto de los jesuitas en Quito –hacia más de un año– no se había hecho nada por mantenerla en buen estado. A la reiterativa pregunta de los indios "¿Padre, por qué te vas?" él respondía "Porque Dios lo quiere". La culpa no lo abandonaba. Mientras vislumbraba desde el Amazonas los ríos Ucayali y Tigre, reflexionaba en voz alta: "Adiós delicias mías, mayurunas, iquitos, yameos. Dios os provea de mejores misioneros que yo, pobre pecador, no merezco estar ya con vosotros" (Uriarte, 1986, p. 527).

Cuando retomaron el viaje, se habían incorporado los padres Leonardo Deubler y José Palme. A los dos días alcanzaron San Pablo de Napeanos, donde se les unieron otros tres religiosos: Juan Saltos, de Santa Bárbara de Iquitos; el hermano Pedro Schoneman, proveniente de la reducción de Nuestra Señora de la Luz de Iquitos, y José Montes, misionero de la reducción. Los ánimos estaban decaídos y se discurría que si Dios no intervenía pronto con un milagro, la evangelización de los indios iquitos se habría de acabar rápidamente.

El 2 de noviembre zarparon nuevamente y, al avanzar hacia San Ignacio de Pebas, al quinto día pasaron delante de la desembocadura del río Napo. Al verla, Uriarte sintió que sus diecisiete años de trabajo misionero se transformaban en un dolor insufrible:

[...] bañados los ojos en lágrimas me desahogaba así: ¡Adiós, Napo, primicia de mi apostolado; ¿Por qué no me dejaste sepultado en tus orillas cuando las rebeliones? ¿O sumergido en tus aguas cuando los naufragios? [...] ¡Adiós mis hijos primogénitos, aguaricos, quajoyas, uncuyés, ancuterés, payaguas, tiriríes! [...] quizás no os volveré a ver. ¡Oh Nombre Santísimo de Jesús, mi primer pueblo! ¡Oh, Nombre de María, el segundo! ¡Oh, San Luis Gonzaga, el tercero! ¡Oh, San Francisco de Icaguates, el cuarto! ¡Oh, San Miguel, mi anejo y el quinto! ¡Oh, San Pedro de Payaguas, el sexto! Interceded con todos los Santos Ángeles Custodios por esos pobres desamparados, más que nunca" (Uriarte, 1986, p. 530).

Ese dolor no se quedó en Maynas; siguió con Uriarte en todo el viaje del extrañamiento y seguía aún vivo en su mente y espíritu al re-escribir sus memorias en Ravena, a tal punto que cometió escasas omisiones y errores al recordar intencionalmente estos fatídicos momentos.

Llegaron a Pebas el día 6 de noviembre y, recogiendo al P. José Bahamonde, que era el misionero del poblado, retomaron la navegación. Al cuarto día llegaron al último de los pueblos de la Misión, el de Nuestra Señora de Loreto de Ticunas, donde embarcó su misionero, el P. Segundo del Castillo. Por diversas razones, tres religiosos maynenses no alcanzaron a realizar el viaje con este grupo de expulsados. Debido a ello serían incorporados posteriormente a otro contingente que salió de Quito. Estos fueron los padres José Cenitagoya, José Romie y Juan Ibusti, que misionaban en las alejadas reducciones de las cabeceras de los ríos Napo y Pastaza. Estos llegaron a reunirse con los restantes misioneros de Maynas en el hospedaje del puerto de Santa María (Cádiz, España).

El 8 o 9 de noviembre de 1768 cruzaron la frontera con Portugal en la Amazonia, llegando a la Villa Fuerte de San Jorge de Yavarí, donde permanecieron unos diez días antes de proseguir hacia San Pablo, donde oficialmente fueron recogidos por los portugueses. Mientras esperaban la llegada de las naves que los llevarían al Pará, el Superior Francisco Aguilar comenzó a sentirse inquieto, recelando de los portugueses. Tomando en cuenta que varios de los misioneros llevaban consigo los apuntes de sus crónicas con objeto de publicarlas en Europa, les pidió que las destruyesen para que no cayesen en manos de los lusos. Es así como Leonardo Deubler quemó todas sus obras en folio. Sin hacer otras precisiones, Uriarte señala que todos los que llevaban algún escrito lo incineraron. No obstante, los padres Javier Veigl y Javier Plindendolfer escondieron sus notas cosidiéndolas dentro de sendas almohadas, pudiendo de tal manera llevarlas consigo a pesar que la desobediencia cometida. En cuanto a los papeles y documentos que él mismo llevaba, el Superior le pidió la llave de su arquita, en la cual conservaba determinados apuntes, casi todos papeles espirituales y algunas notas de lenguas pláticas. De todo ello hizo un pequeño montoncito y los quemó. Sin embargo, nuestro cronista logró salvar el compendio de su querido Diario, que entregó a un tal Alejo Jáuregui. Este venía acompañando a Basabe con la intención de pasar junto con los sacerdotes a España. Desconocemos si murió poco después, como sucedió con Basabe, pero lo cierto es que lamentablemente nunca más se volvió a saber de él ni del compendio del Diario.

El 2 de diciembre de 1768 fue ejecutada la entrega de los sacerdotes a los portugueses. El

hecho exigió que se instituyese un acta de entrega, en la cual fueron leídos los nombres de todos ellos. A continuación se procedió al primero, de un sinfín de minuciosos inventarios de los bienes que llevaban consigo. En dicho inventario no hay noticia de notas o compendios sobre la historia de Maynas, la cual parecía de momento estar condenada al olvido.

Una vez que subieron todos a bordo, se dio inicio al largo viaje de cuarenta días y cuarenta noches al Pará. El capitán decidió no detenerse en tierra en ningún momento, por temor a que los jesuitas pudiesen huir. Las condiciones a bordo de las cinco embarcaciones eran tremendas, llegando al Pará el 19 de enero de 1769. Al bajar a tierra, fueron de inmediato custodiados por una doble fila de soldados con las bayonetas caladas. Fueron conducidos inmediatamente al palacio de “cierto Mariscal ausente”, propiedad que Uriarte –siempre incorregible– describió minuciosamente, consignando hasta el número de peldaños de la escalera principal. Vivieron en circunstancias infrahumanas por cincuenta días, a la espera de un navío para trasportarlos. Como este demoraba en llegar, el Gobernador, deseoso de deshacerse de ellos, hizo alistar una corbeta en la que se habían conducido negros esclavos. El viaje comenzó el 11 de marzo de 1769 y fue peor aún que los anteriores, ya que los encerraron en un calabozo oscuro y sin ventilación, como se usaba en aquellos tiempos en los barcos negreros.

Después de 58 días de navegación llegaron a Portugal el 7 de mayo de 1769, siendo conducidos hasta la Villa de Açeitão, perteneciente al ajusticiado duque de Aveiro.²² En los dos días siguientes murieron exhaustos por los viajes y encarcelamientos, así como por su avanzada edad y precario estado de salud, los padres Leonardo Deubler y Adam Widman. El 11 de julio, un total de 17 religiosos provenientes de Maynas comenzaron su viaje hacia España. Apenas descendieron a tierra supieron que había expirado el Papa Clemente XIII. Inmediatamente fueron conducidos todos al hospicio que ellos habían tenido en dicha ciudad y que al presente había sido incautado por la corona española y transformado en prisión y “almacén de soldados”. Hacia finales de julio o principios de agosto de 1769, llegaron al puerto de Santa María los tres misioneros faltantes, quienes eran los padres José Romei, Juan Ibusti y José Cenitagoya, los cuales fueron recibidos con gran regocijo por parte de todos.

²² El rey José I de Portugal señaló en 1750 como ministro para Asuntos Exteriores a Sebastião José de Carvalho e Melo, conde de Oeiras. Cuando en 1755 un terremoto devastador asoló Lisboa, demostró su eficiencia al organizar las fuerzas de auxilio y planear la reconstrucción de la ciudad. Debido a sus logros fue nombrado ministro principal ese mismo año y, a partir de entonces, sus poderes fueron casi absolutos, encargándose de llevar a cabo un programa político de acuerdo con los principios de la Ilustración. Sin embargo, sus reformas enfrentaron una gran oposición. Cuando se atentó contra la vida del rey en 1758, Carvalho e Melo logró implicar a los jesuitas y a los nobles. Entre los denunciados se hallaba don José Mascarenhas, duque de Aveiro, quien fue acusado de complicidad y ejecutado el 12 de enero de 1752. En cuanto a los jesuitas, consiguió que fuesen expulsados de todos los territorios lusos a partir de 1759. Una década más tarde, el rey le concedió el título de marqués de Pombal. Cuando murió el rey José I en 1777, su poder casi ilimitado terminó. Posteriormente fue declarado culpable de abuso de poder y expulsado de la corte. Sin embargo no se le encarceló y pudo retirarse a su propiedad rural de Pombal, donde falleció el 8 de mayo de 1782 (Lúcio, 2006).

Para pasar el tiempo en algo constructivo, pidieron al Marqués de la Cañada algunos libros para leer y este les hizo llegar un catálogo para que escogiesen algunos textos. Uriarte eligió varios, entre los que se encontraba La Florida del Inca, de Garcilaso de la Vega. El afán de la lectura los involucró a todos. Al respecto acota que “[...] estudiamos más en estos catorce meses de cárcel, que en muchos años de Mainas: porque allá el calor atolondraba [...]” (Uriarte, 1986, p. 578).

Otros, con alguna habilidad para el arte, se dedicaron a pintar. Entre ellos estuvo el P. Veigl, quien perfeccionó sus mapas del Marañón, mientras que el P. Superior de los mejicanos –que era su conocido– los enmendó y pintó. El P. Palme se entretenía en la pintura al temple, mientras que el P. Saltos, quien también comenzó a pintar, “sacó dibujos de los animales, pájaros y cosas de la Misión que Albrizzi quería con su historia imprimir en Venecia” (Uriarte, 1986, p. 584).

Nombre del misionero	País de origen (nombre actual)	Llegada a Maynas	Reducciones a su cargo en la ejecutoria de la expulsión	Misión de emplazamiento de la reducción	Lugar de destierro y muerte
Adam Widman	Eichstädt, Alemania	1728	Santiago de la Laguna y San Juan Evangelista de Maynas	Alta del Marañón	† 19-05-1769, Lisboa, Portugal.
Leonardo Deubler	Bamberg, Alemania	1733	Ntra. Sra. de las Nieves de Yurimaguas y San Regis de Lamistas	Alta del Marañón	† 21-05-1769, Lisboa, Portugal.
José Bahamonde	Quito, Ecuador	1736	San Ignacio de Pebas y Ntra. Sra. del Carmen de Mayorunas	Baja del Marañón	† 11-05-1786, Ravena, Italia
Pedro Esquini	Florenia, Italia	1747	Concepción de Cahuapanas	Alta del Marañón	¿?
Dionisio Ibañez	La Guardia, España	1747	Presentación de Chayavitas	Alta del Marañón	† 30-11-1790, Ravena, Italia
Manuel Joaquín Uriarte	Zurbano, España	1751	San Regis de Yameos	Baja del Marañón	Desterrado a Ravena (Italia), † 1802 en Vitoria, España.
Andrés Camacho	Popayán, Colombia	1753	Corazón de Jesús de Jíbaros	del Pastaza	Desterrado a Ravena (Italia), † el 29-07-1792.
Francisco Javier Veigl	Graz, Austria	1756	San Francisco de Borja y San Ignacio de Maynas	Alta del Marañón	† 19-04-1798, Klagenfurt, Austria.
Carlos Albrizzi	Venecia, Italia	1757	San Javier de Chamicuros	Alta del Marañón	¿?
Mauricio Caligari	Augsburg, Alemania	1757	San Javier de Urarinas	Baja del Marañón	† 07-08-1773, Augsburg, Alemania.
Hno. Pedro Schoneman	Haarlem, Holanda	1757	Nuestra Señora de la Luz de Iquitos y San José de Iquitos	Baja del Marañón	† 1778, ¿?
Francisco Javier Plindendorfer	Wegscheid, Austria	1758	Concepción de Jeveros	Alta del Marañón	¿?
José Montes	Cerdeña, Italia	1758	San Pablo de Napeanos	Baja del Marañón	† 1778, Cerdeña, Italia.
Juan Saltos o del Salto	Ambato, Ecuador	1758	Santa Bárbara de Iquitos	Baja del Marañón	¿?
Martín Sveina o Schweyna	Olmütz, República Checa	1760	Santo Tomé de Andoas	del Pastaza	¿?
Francisco Javier Aguilar	Montilla, España	1762	San Francisco de Borja (se desempeñaba como Superior)	Alta del Marañón	Desterrado a Rímini (Italia), † 31-01-1789.
Segundo del Castillo	Ampudia, España	1762	Ntra. Sra. de Loreto de Ticunas	Baja del Marañón	Desterrado a Ravena (Italia), † 22-06-1781.
José Palme	Rumburg-Warnsdorf, República Checa	1762	San Joaquín de Omaguas y San Fernando de Mayorunas	Baja del Marañón	Desterrado a Bolonia (Italia), † 04-12-1770.
Pedro Berroeta o Berrueta	Cuenca, Ecuador	1765	Ntra. Sra. de Loreto de Paranapurás y San Estanislao de Muniches	Alta del Marañón	Desterrado a Ravena en 1770. † en Sevilla, 11-07-1821.
José Cenitagoya	Quito, Ecuador	1765	San José de Pinches y Ntra. Sra. de los Dolores de Muratas	del Pastaza	Desterrado a Faenza, Italia en 1770. estuvo con Uriarte en una casa en Bolonia en 1776. † ¿?
Juan Ibusti	Domezain-Berrante, Francia	1765	Santísima Trinidad de Capocui, San Miguel de Capocui y Nombre de María de Icaguates	del Napo	† 27-01-1770, Puerto de Santa María, España.
José Romie o Romei	Bolonia, Italia	1765	Nombre de Jesús de Guencoyas San Javier de Icaguates y San Pedro de Payaguas.	del Napo	Pasó a la provincia de Venecia en 1770. † ¿?

Tabla 1:
Los jesuitas expulsados de la misión de Maynas en 1768.

Fuente:
Elaboración propia a partir de los las crónicas escritas por Manuel Uriarte, Juan de Velasco, José Chantre y Herrera y el *Catalogus Generalis Provinciae Quitensis ab anno 1696.*

Poco más de un año después, el 4 de octubre de 1770, embarcaron con sus escasos ajueres para ser llevados a las Legaciones Pontificias. En el barco que los habría de transportar, encontraron a toda la provincia de Filipinas y a un nutrido grupo de religiosos del Perú, acompañados por el Provincial, lo cual fue causa de gran alegría para todos. Al llegar a La Spezia se consolaron con la visita de los religiosos alemanes e italianos, quienes habían ido a despedirse para poder proseguir viaje a sus provincias de origen. A pesar de este momento de ruptura final y definitiva, todos manifestaron “grandes ánimos de volver a la misión”. En breve continuaron con su quinto viaje por mar, aunque esta vez fue solamente hasta el puerto de Liorna (hoy Livorno, Génova) y desde allí se desplazaron en calesas hasta Florencia. A los pocos días partieron con destino a Faenza para finalmente llegar al último destino de este inmenso periplo de desterrados: la ciudad de Ravena.²³ Llegaron el 23 de noviembre de 1770, veinticinco meses después de haber salido de la reducción de San Regis de Yameos en la misión de Maynas.

Conclusión de su vida en Italia

Instalado definitivamente en Ravena, Manuel Uriarte lamentaba tener que aprender una lengua más, el italiano, que señalaba como la decimotercera. Naturalmente entre ellas contaba el español, el vascuence –materna–, latín, griego y hebreo –de su formación sacerdotal–, y algunas lenguas amazónicas como la iquita, mayoruna, ticuna, payagua y otras tres que no hemos logrado determinar con certeza.

A los pocos meses de vivir allí y sin muchas ocupaciones que llenasen su tiempo, decidió comenzar a redactar nuevamente su Diario, por tercera vez y de memoria, evocando lentamente todos los sucesos vividos en la Amazonia, a manera de una catarsis personal. Comenzó a escribir el 12 de diciembre de 1771 y su primera frase escrita reza así: “Lo que me acuerdo del Diario en Suma”. Organizó el texto en tres partes, la primera de las cuales escribió entre los años 1771 y 1772 y en ella desarrolló los acontecimientos que sucedieron desde su llegada a Maynas en la Navidad de 1750 hasta abril de 1754, tiempo en el que estuvo evangelizando principalmente en la misión del Napo. La segunda fue redactada durante el año de 1773 y en ella describe los sucesos ocu-

rridos en la Misión Baja del Marañón entre abril de 1754 y diciembre de 1762. La tercera y última fue producida durante los años de 1774 y 1775. Es el texto más extenso de los tres. En ella reseña los sucesos en la Misión Baja del Marañón desde enero de 1763 hasta la partida definitiva de los jesuitas en 1768. A continuación expone las vivencias del viaje de extrañamiento y los sinsabores y sufrimientos en las diversas prisiones en las que fueron encarcelados. Concluye con su llegada a Italia y posterior desplazamiento a Ravena, ciudad de la cual hace un recuento un tanto impreciso de sus monumentos, historia y tradiciones, para terminar con todo lo que deseaba comunicar a las nuevas generaciones a comienzos de 1775.²⁴

El contenido de esta obra póstuma es al mismo tiempo efervescente, vivaz, romántico por momentos y con ciertas dosis de candidez. Aun cuando no presenta un claro esquema histórico –situación muy comprensible si consideramos que lo redactó de memoria y a la luz de los conflictivos sucesos históricos vividos–, su contenido es muy rico y sugerente. A pesar de algunos vacíos cronológicos y situacionales en su narración, presenta con gran detalle y palmaria claridad el contexto de crisis por la cual estaban atravesando las misiones de Maynas a mediados del siglo XVIII, sustentando las razones principales de tal situación.

En cuanto a los motivos que esgrimió para escribir nuevamente su Diario, van cambiando con el tiempo y los sucesos históricos concomitantes. Cuando comenzó su redacción en 1771, señalaba que lo hacía para que pudiese servir de testimonio a los nuevos misioneros que habrían de regresar a Maynas y retomar la tarea evangelizadora. A medida que el tiempo transcurría y las relaciones entre el Papado y las cortes de Madrid se complicaban, manifestó que lo hacía para “que quede en la memoria del tiempo venido”. Finalmente, cuando en 1773 sobrevino la Bula del Papa Clemente XIV que abolió la Compañía de Jesús, nuestro cronista no perdió el entusiasmo en cuanto a terminar su obra, aunque ahora declaraba que lo seguía haciendo para la diversión y entretenimiento de sus hermanos religiosos. En este último enunciado se descubre una cierta dosis de resignación, amargura y fatalismo frente a los inesperados sucesos que se desenvolvían a su alrededor. También es claramente perceptible su desesperado afán de asirse a la memoria de un bien conocido –aunque irremediablen-

23 Las Legaciones Pontificias estaban situadas en el centro de la península y comprendían un vasto territorio de 24 mil kilómetros cuadrados distribuidos entre las regiones del Lacio, Umbría, Marca, las Legaciones de la Romaña, Bolonia y Ferrara, con las ciudades de Benevento y Pontecorvo, lindantes con el reino de Nápoles. Los cardenales enviados a dichas provincias acumulaban poderes casi ilimitados y en ellas se instauró un sistema absolutista.

24 A pesar de tener el texto concluido en 1775, no logró publicarlo y es así como lo llevó consigo cuando retornó a España en 1798. No fue hasta casi dos siglos después –en 1952– cuando fue publicado por primera vez.

25 Durante el viaje desde el Pará hacia Lisboa fueron sorprendidos por una terrible tempestad que duró toda la noche. Una vez reconciliados cada cual con su compañero, hicieron la promesa de que si Dios los libraba de la muerte, visitarían en cuanto les fuese posible la Santa Casa de Loreto y visitarían durante ocho días cárceles y hospitales. En la madrugada vieron aparecer en el cielo unas centellas de fuego, que revoloteaban en el interior del calabozo. Los marineros lusos las denominaban *Corpo Santo*, mientras que los españoles las conocían como San Telmo. Uriarte sostiene haberlas visto y confirma que cuando estos fuegos fatuos aparecían, las tempestades se diluían, tal como ocurrió en dicho amanecer. Cumpliendo la promesa hecha en este momento de peligro, nuestro cronista inició un periodo de peregrinaciones a lugares santos.

26 El autor Jaime Nonell reseña que cierto día, obsesionado y casi fuera de sí con la idea de un próximo retorno a la Amazonia, empezó caminar agitada y desorientadamente por la ciudad de Bolonia. Accidentalmente se topó con el P. Pignatelli quien le preguntó hacia dónde se dirigía con tanta prisa, a lo que él respondió: "A América, a ver a mis queridos salvajes" (Nonell, 1893, p. 117).

27 Cuando el 7 de agosto de 1814, el Papa Pío VII restableció la Compañía de Jesús. De los 269 religiosos que pertenecieron a la Provincia de Quito, solamente sobrevivían diecisiete. De los veintidós expulsados de las misiones de Maynas, solamente quedaba con vida uno de ellos, el P. Pedro Berroeta.

te perdido— dentro de un mundo trasfigurado y sorprendente.

Una vez terminado el Diario en 1775 y desobligado de la vida religiosa en comunidad después de la disolución de la Orden, decidió conocer un poco el país en que vivía como desterrado. Contando con un poco de dinero que le facilitaron sus hermanos, decidió emprender algunos cortos viajes de peregrinación a los santuarios de Nuestra Señora de Loreto,²⁵ Asís y Roma. De su vida en los años posteriores hay escasa información, ya que las cartas de este periodo de su vida son muy pocas. La razón de ello fue que el rey de España impuso obstáculos para la comunicación entre los jesuitas expulsos —transformados luego en seglares, y sus familiares inmediatos.

Desconocemos lo que realmente sucedió desde 1776 en adelante, porque casi no existe documentación al respecto. A principios de dicho año, en una carta dirigida a sus hermanos, señalaba estar viviendo en una "casa sola en Ravena" con otro misionero de Maynas, el P. José Cenitagoya. Este último se hallaba considerablemente enfermo, así que les acompañaba un muchacho huérfano que los cuidaba a ambos. El cronista Juan de Velasco lo sitúa en Bolonia hacia 1778, donde posiblemente permaneció durante los siguientes veinte años de su vida.²⁶

Cuando dos décadas más tarde, en 1798, los expulsados fueron autorizados a volver a su patria, Uriarte regresó resueltamente a España, llevando consigo el Diario. Fue a vivir en la ciudad de Vitoria, donde falleció en 1802 a los 82 años de edad,²⁷ habiendo sido sepultado en la capilla de la Concepción de San Francisco de dicha ciudad.

De esta manera concluyó la vida de Manuel Uriarte, misionero de Maynas, quien dedicó una importante parte de su vida a la encomiable obra de evangelizar a los infieles, en los territorios situados en las "antípodas" de las Indias Occidentales. Sus memorias nos traen los ecos de un mundo pasado, lleno de fatigas y sacrificios, pero no por ello menos vibrante y lleno de significado. Su tesonera labor entre los indios amazónicos transformó su "vivencia del otro" en algo totalmente diferente, que puede ser denominado como la "vivencia para el otro".

Referencias

Ardito, W. (1993). *Las reducciones jesuitas de Maynas*. Lima: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.

Bayle, C. (1949). *Bibliografía sobre las misiones de Maynas. Un misionero misionólogo*. Madrid: s. e.

Bayle, C. (1951). Las misiones, defensas de fronteras. *Misionalia Hispánica*, 8, 417-503.

Catálogo General de la Provincia de Quito (1690-1773). Roma: Archivo Histórico de la Compañía de Jesús, Provincia Novi regni et Quitensis.

Codina, M. E. (2005). "Haciendas y misiones: el caso de Maynas". En: *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal* (pp. 243-262). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Compte, F. (1885). *Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador desde la fundación de Quito hasta nuestros días*. Quito: Imprenta del Clero.

Chantre y Herrera, J. (1901). *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Maraón español*. Madrid: Avrial.

De Borja Medina, F. (1999). "Los Maynas después de la expulsión de los jesuitas". En *Un reino en la frontera, las misiones jesuitas en la América colonial*. (pp. 429-472). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

De Campomanes, P. (1977). *Dictamen fiscal de la expulsión de los jesuitas de España (1766-1767)*. Madrid: Fundación Universitaria Española.

De La Condamine, C. (1921 [1743]). *Relación abreviada de un viaje hecho por la América Meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el río de las Amazonas*. Madrid: s. e.

De Velasco, J. (1981). *Historia del reino de Quito en la América meridional*. Quito: Biblioteca Ayacucho.

Figueroa, F. (1985). *Informe de las misiones del Maraón, Gran Pará o Río de las Amazonas*. Colección Monumenta Amazónica, tomo 1. Iquitos: Instituto de Investigación de la Amazonia Peruana y Centro de Estudios Teológicos de la Amazonia.

Jouanen, J. (1941). *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito (1570-1774)*. 2 tomos. Quito: Ediciones Ecuatorianas.

Lucero, J. (1996). "Informe sobre las misiones de Mainas al visitador don Diego Altamirano". *Instituto de Historia Eclesiástica Ecuatoriana*, 16, 241-248.

Lúcio de Azevedo, J. (2006). *O marquês de Pombal e a sua época*. San Pablo: Alameda Casa Editorial.

- Magnin, J. (1998). *Descripción de la provincia y misiones de Mainas en el Reino de Quito*. Quito: Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Polit.
- Maroni, P. (1988). *Noticias auténticas del famoso río Marañón*. Iquitos: Monumenta Amazónica.
- Muñoz y Manzano, C. conde de la Viñaza (1977). *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*. Madrid: Atlas.
- Negro, S. (1999). Maynas, una misión entre la ilusión y el desencanto. *Un reino en la frontera, las misiones jesuitas en la América colonial* (pp. 269-300). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú .
- Negro, S. (2005). "El urbanismo jesuítico en la misión de Maynas". En *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica, Historia urbana de las reducciones jesuíticas sudamericanas, continuidad, ruptura y cambios, siglos XVIII al* xx (pp. 98-107). Madrid: Fundación Mapfre Tavera .
- Nonell, J. (1893-94). *El V. P. José Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento*. Tomo III. Manresa: Boero.
- Ramos Gómez, L. (1985). *Las Noticias secretas de América de Jorge Juan y Antonio Ulloa (1735-1745)*. 2 tomos. Madrid: Tierra nueva e cielo nuevo.
- Rodríguez Castelo, J. (coord.) (1997). *Diario del Padre Fritz*. Quito: Studio21.
- Sommervogel, C. (1890). *Bibliotèque de la Compagnie de Jésus*. París: Nouvelle Edition.
- Uriarte, M. (1986). *Diario de un misionero de Maynas*. Iquitos: Monumenta Amazónica.
- Veigl, F. J. (1998). Situación de la provincia de Maynas en la América Meridional. *Instituto de Historia Eclesiástica Ecuatoriana*, 18, 251-254.
- Vieira, A. (1925). *Cartas do P. Antonio Vieira da Companhia da Jesus*. Coimbra: Imprensa da Universidade.



Destierro, desconsuelo y nostalgia en la crónica del P. Manuel Uriarte, misionero de Maynas (1750-1767)

(págs. 92-107)



Sandra Negro Tua. Arquitecta por la Universidad Ricardo Palma, Lima (1977). Inicia su carrera profesional estudiando el desarrollo y evolución de la arquitectura y urbanismo prehispánicos en los Andes peruanos. A partir de allí obtiene el Diploma de Estudios Antropológicos y cursa la Maestría en Antropología, ambos en la Pontificia Universidad Católica del Perú. A partir de 1989 cambia de rumbo y se orienta hacia la historia de los siglos XVI al XVIII, incidiendo en el estudio de la arquitectura y su relación con la sociedad virreinal, temática en la cual se sitúa al presente. Paralelamente se ha desempeñado en la pedagogía, dictando cursos de historia de la arquitectura, arte y urbanismo en diversas universidades. Actualmente es docente en el Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Ricardo Palma. En 2005 fue incorporada como miembro de número en el Instituto Riva Agüero de Lima. Obtuvo su doctorado en Historia del Arte y Gestión Cultural en el Mundo Hispánico por la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla, España). Entre los libros que ha publicado se hallan *El arquitecto indio Juan Tomás Tuyru Túpac* (1995), *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América colonial* (1999) y *Esclavitud, economía y evangelización, las haciendas jesuitas en la América virreinal* (2005). Estos dos últimos fueron coeditados con el antropólogo Manuel M. Marzal.

Recepción

14 de marzo de 2007

Evaluación

28 de mayo de 2007

Aceptación

04 de julio de 2007

Correspondencia

negro.sandra@gmail.com

Resumen

La llegada de los religiosos de la Compañía de Jesús a la selva amazónica del virreinato del Perú en 1638, dio origen al establecimiento de la misión de Maynas. A través de los ciento y treinta años de su permanencia, fundaron más de un centenar de pueblos en los cuales intentaron reducir a indígenas pertenecientes a un universo cultural extraordinariamente variado. Dicha situación – aunada con otras de tipo geográfico y político– la transformaron en el más complejo e inestable de todos los proyectos evangelizadores llevados a cabo por los jesuitas en la América española. La presente contribución expone y analiza a través de la crónica del P. Manuel Uriarte la etapa final de dicha misión. Se trató de un momento de profunda crisis debido a la escasez de religiosos, el extendido azote de las pestes y las cíclicas deserciones de los

indígenas a la espesura de la selva. Llegada la notificación de la expulsión, nuestro cronista no pierde el ánimo y continúa hasta el último instante edificando iglesias y tranquilizando a los naturales, los cuales se sentían atemorizados frente a las noticias que iban llegando. En la narración de los 21 misioneros de Maynas –a primera vista dispersa y desordenada– dilucidamos los sentimientos de resignación y obediencia frente a lo inevitable. Dichos sentimientos estuvieron siempre acompañados por un intenso sufrimiento al tener que abandonar a sus hijos espirituales. A pesar de todo, Uriarte no pierde nunca las esperanzas de poder volver a sus amadas misiones.

Palabras clave del autor

Crónica, reducciones, territorio, expulsión, percepciones emocionales.

Descriptores*

Uriarte, Manuel Joaquín, 1720-1802 - Crítica e interpretación Maynas (Perú) - Historia, 1750-1767

Indígenas de América del Sur - Misiones - Maynas (Perú), 1750-1767

Exile, Distress and Nostalgia in the Chronicle of Father Manuel Uriarte, Missionary in Maynas (1750-1767)

Abstract

The arrival of the Jesuits to the Amazon forest of the Viceroyalty of Peru in 1638 originated the establishment of the mission of Maynas. Through the hundred and thirty years of their stay, the missionaries founded more than a hundred towns in which they tried to subdue the natives belonging to an extraordinarily complex and varied cultural universe. This situation –combined with others of political and geographical nature– transformed the mission into the most complex and unstable of all the evangelization projects carried out by the Jesuits in Spanish America. The present contribution describes and analyzes through the chronicle of father Manuel Uriarte the final phase of this mission. Undoubtedly it was a moment of deep crisis due to the shortage of missionaries, the extended scourge of various plagues and the cyclic desertions of the natives to the depths of the forest. When the announcement of the expulsion arrived, our chronicler did not lose his spirit and continued up to the last instant building churches and calming down the inhabitants, who felt frightened because of the incoming news. In the narration –at first sight scattered and chaotic– we clarified the feelings of resignation and obedience of the twenty-one Jesuits of Maynas set against the inevitable. These feelings were always accompanied by an intense suffering, caused by the obligation to abandon of their dear spiritual sons and daughters. In spite of all, Uriarte never lost the hope to be able to return to his beloved missions.

Key Words of the Author

Chronicle, Subduing, Territory, Expulsion, Emotional Perceptions.

Key Words Plus

Uriarte, Manuel Joaquín, 1720-1802 - Criticism and Interpretation

Maynas (Peru) - History, 1750-1767

Indians of South America - Missions - Maynas (Peru), 1750-1767

* Los descriptores están normalizados por la Biblioteca General de la Pontificia Universidad Javeriana.